

# Cultura política y participación en España

*Antonia González Salcedo\**

---

## **Resumen**

En este artículo examinaré en qué medida la cultura política de España, las actitudes del ciudadano ante el sistema político y ante su papel como actor político, han evolucionado a lo largo de su trayectoria democrática, y cuál es su situación dentro de las tendencias experimentadas por los diversos países de la Unión Europea. A su vez, llevaré a cabo una revisión en la sociedad de estudio de las diversas formas de participación utilizadas, las cuales pueden encontrarse determinadas directamente por los rasgos de su cultura política.

**Palabras clave:** España, participación política, cultura política, sistema político.

## **Abstract**

This article will analyze in what way political culture in Spain, on the one side, and citizens' attitudes towards both the political system and its quality of political agent, on the other side, have evolved during the democratic period, paying special attention to the particular situation within European Union. Moreover, the present work will describe the various forms of participation in the society subject of our study, as these

---

\* Profesora Ayudante y Secretaria del Área de Ciencia Política de la Universidad de Murcia, España.

---

Código de referato: SP.119.XXIV/12.

*STUDIA POLITICÆ*



Número 24 ~ invierno 2011

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,  
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

forms may differ from one another if we take into consideration that they are determined by their distinctive political culture.

**Key words:** Spain, Political Participation, Political Culture, Political System.

## A modo de introducción

CUANDO comenzó el proceso de transición en España, la cultura política constituía una realidad inexplorada, sólo en los años anteriores a la muerte de Franco cuando el problema de continuidad y ruptura pasó a primer término se abordó directamente la cuestión de la cultura política. La cultura política de la mayoría de los españoles durante la transición ha sido caracterizada como una cultura dominada por la desconfianza y la indiferencia hacia la política, así como por los valores de moderación.

La moderación implica una atenuación de las líneas de conflicto que habían dominado la vida española, una pérdida de intensidad de las cuestiones ideológicas. El incremento de la moderación encuentra su razón de ser en los cambios sociales de largo alcance que dan forma al proceso de modernización, así como en los cálculos estratégicos de las élites que tratarían de evitar los riesgos de una nueva confrontación (Botella, 2006). Durante las primeras elecciones (1977), el electorado tendió a evitar la polarización, y las ubicaciones ideológicas en la escala izquierda-derecha comenzaban a aglutinar al mayor número de votantes en posiciones centrales.

Como explicación a un proceso de transición pacífica, en el que de forma rápida se asentaron pautas y valores democráticos comparables a los de otras democracias occidentales de tradición democrática estable, Maravall (1982), destaca la importancia que durante el franquismo tuvieron algunos valores, actitudes y recuerdos de la vida democrática, que habrían permanecido vivos en el seno de las familias y se habrían transmitido entre generaciones. Serían este tipo de recuerdos los que ayudaron, en los primeros momentos del cambio, a recuperar marcos de significados y herramientas para la comprensión y la acción política de la vida democrática.

Pérez Díaz (1987), por su parte, consideró fundamental el papel de la sociedad civil en la resocialización política de los españoles. En concreto, consideró que la liberalización del franquismo desde finales de los años sesenta habría posibilitado la dinamización de la vida social difundiendo,

dentro de ciertos sectores, valores y actitudes imprescindibles para la vida democrática. Destacó particularmente la importancia en el mundo del trabajo de la nueva legislación sindical, y de la puesta en marcha de los convenios laborales en la creación de prácticas de negociación y consenso.

Sin embargo, a partir de 1982 los españoles cayeron en una fase de “desencanto” replegándose y alejándose de nuevo de la política tal y como refleja el alto nivel de abstención que tuvo lugar en 1979. Si bien, a partir de 1982, se hicieron visibles síntomas de recuperación y el interés por la política no siguió disminuyendo, la indiferencia hacia la política, junto con la desconfianza y el sentimiento de impotencia política, se han convertido desde entonces en una de las principales características de la cultura política española en términos comparados.

Las explicaciones sobre este fenómeno en España se pueden dividir en dos tipos. Una parte de la literatura ha enfatizado el legado del franquismo y su labor de despolitización de los españoles durante los casi cuarenta años que duró su dictadura (López Pintor, 1982; Montero y Torcal, 1990).

Situándose en esta perspectiva, para Rodríguez Ibáñez, esta situación de despolitización y desmovilización política democrática procedería de la peculiar cultura política del franquismo: apoliticismo, apego a los hábitos tradicionales, inmadurez, confianza en las autoridades fuertes, superstición del orden público y la estabilidad (Rodríguez Ibáñez, 1987).

Ésta es la postura más próxima al enfoque clásico de cultura política y, en consonancia con ella, considera que es, hasta cierto punto, normal que tal legado se resista al cambio en un período breve de tiempo. El cambio tendrá que venir fundamentalmente con la sustitución de las generaciones socializadas bajo el franquismo por las generaciones socializadas bajo el régimen democrático.

Para algunos autores (Botella, 1992), esa cultura se ha mantenido casi inalterable, hasta el punto de explicar desde la fórmula política de la transición hasta el “estado” de la sociedad democrática española actual.

Entre quienes otorgan una cierta importancia a la cultura política heredada del franquismo hay dos visiones opuestas: quienes sostienen que la sociedad española llegó a la democracia totalmente desmovilizada (Sastre, 1997) y quienes, por el contrario, han insistido en la existencia de sectores bastantes politizados en la sociedad, especialmente a partir de finales de los años 50 y principios de los años 60 (Maravall, 1978; Pérez-Díaz, 1987).

Un segundo tipo de explicaciones ha querido llamar la atención sobre la posibilidad de romper la inercia del pasado y el papel que las élites y las instituciones han podido jugar en dicha ruptura. Desde este punto de vista, tanto el distanciamiento y desconfianza que los españoles sienten hacia la política, como su apoyo masivo a la democracia, se deben en gran medida a la labor desempeñada por las elites durante la transición a la democracia. Concretamente, se refieren a la combinación de una política basada en el consenso en torno a los valores democráticos, pero también en la desmovilización (Maravall, 1982; Morán, 1999; Benedicto, 1997). En España, las actitudes políticas negativas de “desafección política” no han sido en ningún momento incompatibles con un claro apoyo al régimen democrático (Montero y Torcal, 1990; Morán y Benedicto, 1995).

En este sentido, los trabajos realizados durante los años ochenta y noventa han tendido a destacar el mantenimiento de los altos niveles de legitimidad de la democracia incluso en los momentos en los que los cambios de gobierno o las crisis de ciertas instituciones podrían haber provocado una merma del apoyo popular a la democracia. (Morán, 1999).

Por otro lado, se ha resaltado la inexistencia de cambios significativos en las bases de la cultura política española, al menos en lo que se refiere a los canales convencionales de participación en la vida pública. La identificación partidista ha seguido siendo muy débil y los niveles de afiliación a las organizaciones políticas han continuado bajo mínimos (Justel, 1992; Morán, 1997).

Sin embargo, han tenido lugar en España en los últimos años significativos cambios en la participación y la acción colectiva, concretamente se ha producido el “renacimiento” de nuevos y viejos movimientos sociales y el auge de las ONGs y de otras formas de voluntariado, así como el incremento de formas de participación menos “convencionales” como las manifestaciones. Las nuevas formas de participación de los españoles parecen cuestionar la tesis de la desmovilización de la sociedad española durante la transición (Funes, 1998; Alonso, 1995; Tejerina, 1995).

A través del análisis de la cultura política que tiene lugar en las siguientes páginas, queremos reconsiderar algunos aspectos que han estado presentes en la literatura. En concreto, pretendemos conocer hasta qué punto ha cambiado la cultura política de los españoles, si aún se mantienen importantes cotas de desinterés, desconfianza y un elevado sentimiento de im-

potencia política, y si perdura, a la vez, un alto nivel de satisfacción con el sistema político democrático. Por otro lado, llevaré a cabo una revisión en la sociedad de estudio de las diversas formas de participación utilizadas, para analizar si se mantiene la pauta de disminución de las formas de participación convencional y si se puede considerar que la sociedad española es una sociedad desmovilizada.

El análisis de la cultura política española se realizará a tres niveles: actitudes hacia las instituciones, los actores y el régimen político, actitudes de implicación política personal y participación política, teniendo en cuenta las semejanzas y diferencias del caso español con otros países europeos.

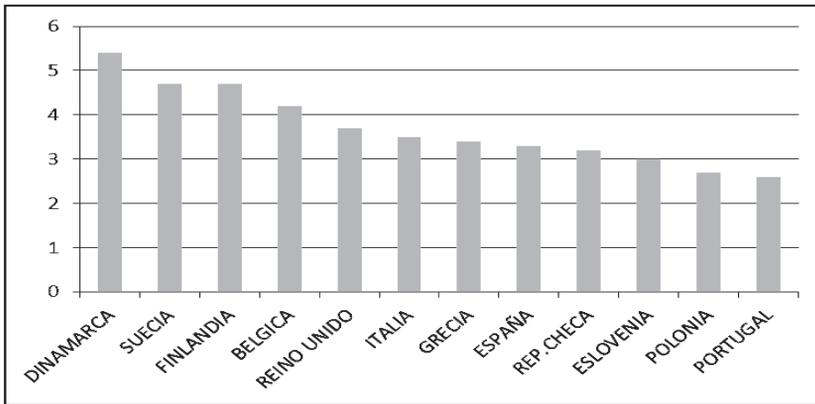
### **Actitudes hacia las instituciones, los actores y el régimen político**

En este epígrafe voy a analizar la confianza que los ciudadanos tienen en las instituciones democráticas y en los principales actores del proceso político, así como su percepción acerca de la actitud más o menos receptiva de los políticos frente a sus preocupaciones y demandas. Estos dos indicadores a menudo son utilizados conjuntamente para medir el distanciamiento entre los ciudadanos y los actores e instituciones políticas.

La confianza se refiere a la *“fe del ciudadano en que las instituciones políticas cumplirán su función correctamente, aún cuando los ciudadanos no estén vigilando permanentemente su actuación”* (Citrin y Muste 1999:465). Detrás de esta idea, está el supuesto de que la confianza facilita el funcionamiento del sistema político, o en otras palabras, que la desconfianza dificulta su funcionamiento reduciendo su eficacia y aumentando los costes de las transacciones.

Desde una perspectiva comparada, la Encuesta Social Europea en el Informe de la Cuarta Ola (2008-2009) analiza la confianza de los ciudadanos hacia las principales instituciones nacionales de representación democrática y otras de interés como la policía, el sistema judicial o el parlamento europeo que son valoradas en una escala del 1 al 10. La institución en la que más confían los españoles es la policía (6), seguida del Parlamento español (5.1). Los niveles de confianza de los españoles en las instituciones políticas son muy bajos, sobre todo en relación con los políticos (valoración 3.3 puntos), y destacan entre los europeos por ser críticos con sus representantes. España comparte los niveles más bajos de confianza en los políticos con los países post comunistas y con el resto de democracias del sur de Europa.

Gráfico 1. Confianza hacia los políticos en Europa



Fuente: Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola (2008-2009).

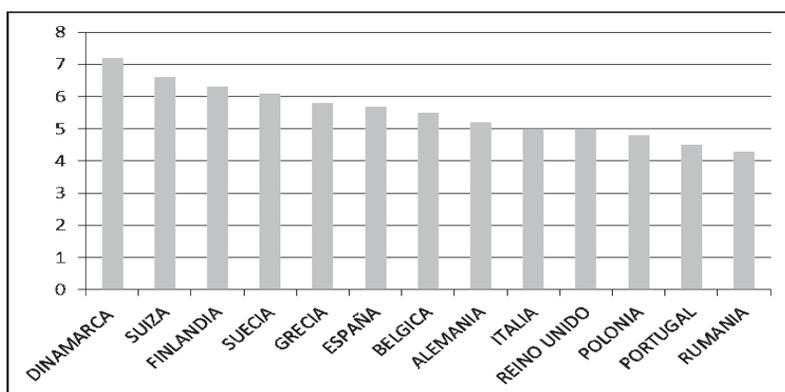
Algunas de las explicaciones más extendidas para entender la falta de confianza de los ciudadanos españoles hacia los partidos políticos son: la relativa juventud de los partidos que se crearon o refundaron al inicio de la transición, después de décadas de prohibición y propaganda negativa respecto a los partidos políticos; la primacía de las estrategias de búsqueda de consenso y negociación entre las cúpulas de los partidos durante la transición, evitando debates y movilizaciones populares, e incrementando de esta manera el distanciamiento entre partidos y ciudadanos; o los escándalos y sospechas de corrupción que existen sobre nuestra clase política (Míguez, 2001).

La desconfianza hacia el parlamento es más moderada y se sitúa levemente por encima de la media europea que es 4.6. Los países del este son los más desconfiados en este sentido, pero igualmente se trata de un dato preocupante, ya que el Parlamento encarna el principio de representación democrática (Torcal, 2003).

Pero esta falta de confianza en las instituciones no se encuentra acompañada de una falta de satisfacción con el funcionamiento de la democracia, al contrario, parece apreciarse una satisfacción generalizada con el funcionamiento de la democracia, aunque el nivel de satisfacción no se ha mantenido estable en los últimos años. Entre 1978 y 1989 la satisfacción con la democracia sí fue en aumento, alcanzando niveles del 70 %, pero a partir de entonces sufrió un descenso muy notable y sólo empezó a remontar a partir de 1995.

Teniendo en cuenta los datos de la Encuesta Social Europea <sup>1</sup>, el índice de satisfacción de los ciudadanos españoles con el funcionamiento de la democracia supera el aprobado y logra la cifra de 5.8, ofreciendo valores cercanos a los países del centro y del norte de Europa. La actitud crítica hacia las instituciones centrales del proceso político, no se extiende al funcionamiento global de la democracia en España. Encontramos así manifestaciones del llamado cinismo democrático tan extendido en España, y según el cual, los sentimientos de apatía y desconfianza frente a las instituciones y actores democráticos no influyen de manera determinante en la valoración de los ciudadanos sobre el funcionamiento de la democracia.

Gráfico 2. Satisfacción democrática en Europa



Fuente: Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola, (2008-2009).

Por otro lado, la eficacia política externa hace referencia a la percepción del ciudadano sobre la receptividad de las instituciones y los actores políticos principales. En concreto, las cifras de eficacia política externa en España se encuentran en continuo descenso desde 1980, al inicio de la citada década un 60 % de los ciudadanos consideraba que los políticos no se preocupaban de lo que pensaban los ciudadanos. Entre 1980 y 2002 la (ineficacia política externa en España ha aumentado un 15 % y en la actualidad cerca del 75 % de los ciudadanos considera que los políticos se encuentran ajenos a sus preocupaciones <sup>2</sup>.

En este sentido, la Encuesta Social Europea <sup>3</sup> muestra como un 68 % de los españoles opina que a la mayoría de los políticos no les importa lo que

<sup>1</sup> Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola (2008-2009).

<sup>2</sup> Según las encuestas 1237, 1461, 1788, 2154, 2401, 2450 del CIS.

<sup>3</sup> Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola (2008-2009).

piense la gente como ellos, frente al 7 % que cree lo contrario. De igual forma, cuando se les pregunta si a los políticos les interesan los votos o las opiniones de la gente, un 70 % de los ciudadanos considera que la principal preocupación de los políticos es conseguir el apoyo en las urnas (Encuesta Social Europea, Informe de la Tercera Ola, 2002-2003). Los españoles, por tanto, ofrecen niveles muy bajos de eficacia política externa y aportan una visión distanciada de representantes y representados.

Lo mismo les sucede al resto de democracias del sur de Europa y a las del este, ninguno de estos países supera la media de la eficacia política externa que se sitúa en 2.2, en una escala de 0 a 5. Podríamos decir entonces que respecto a los niveles de ineficacia política externa los españoles se asemejan más, todavía hoy en día, a los ciudadanos de las nuevas democracias, que a los de las democracias asentadas.

### **Actitudes de implicación política personal**

Desde la literatura relacionada con la perspectiva clásica de la cultura política se ha considerado el interés de los ciudadanos por la política y la eficacia política interna como partes de la implicación política de los ciudadanos. Ambas actitudes forman parte de la implicación política porque tienen como objeto al propio ciudadano y su capacidad de actuación política o, dicho de otro modo, reflejan la percepción de uno mismo como actor político y la predisposición de participar (Verba, Scholzman y Brady, 1995).

Con el interés por la política buscamos saber si los ciudadanos, independientemente de la imagen que tengan de las instituciones y los políticos, sienten una cierta curiosidad hacia los asuntos políticos que, previsiblemente, les lleve a estar atentos a lo que ocurre en el ámbito de la política. En el caso de la eficacia política interna se trata de ver si los ciudadanos se perciben a sí mismos como capaces de entender y de participar en el proceso político. La eficacia política interna se ha definido como “*la sensación de que el cambio social y político es posible y que el ciudadano individual puede cumplir su parte en producir ese cambio*” (Campbell, Gurin y Miller, 1954:190).

El hecho de que el ciudadano se interese por la política y se sienta parte del proceso político tendrá una influencia directa sobre la participación política. El interés por la política es una de las actitudes que más influyen positivamente en la participación política (Verba, Scholzman y Brady, 1995). Sin embargo, ni esa relación es directa ni es la misma para todos los tipos de participación (Barnes y Kaase, 1979; Topf, 1995). Un mayor interés por la política fomentará más la participación política que la social. La literatu-

ra sobre el auge de los valores postmaterialistas ha encontrado una relación entre el aumento del interés por la política entre determinados grupos de la población y los niveles de protesta (Inglehart, 1991). De forma más reciente, se ha subrayado la existencia de una fuerte relación entre el interés por la política, por un lado, y tanto la participación política convencional como la no convencional o de protesta, por otro (Norris, 1999). Finalmente, se ha señalado que el interés por la política está tan relacionado con la participación política que requiere poco esfuerzo o recursos (hablar de política y votar), como con otras formas de participación más exigentes como la participación activa en asociaciones (Verba, Schlozman y Brady, 1995). A su vez, dicho interés facilita que los ciudadanos se formen opiniones políticas basadas en una información actualizada y que dichas opiniones tengan un cierto grado de coherencia. Por otra parte, una mínima implicación política es fundamental para que la democracia pueda funcionar como mecanismo de control del poder político.

El interés por la política, en general, para el conjunto de España durante el período que va desde 1983 hasta el 2002, atendiendo al banco de datos del CIS <sup>4</sup>, no ha sufrido grandes oscilaciones, manteniéndose en niveles relativamente bajos, aproximadamente un 25 % de los ciudadanos ha venido mostrando interés en la política desde inicios de los años ochenta.

En la Encuesta Social Europea <sup>5</sup>, de nuevo, los ciudadanos han reconocido que el interés que la política les suscita es poco o ninguno (74 %). Sólo un 5 % de los españoles entrevistados afirman que esta cuestión les interesa mucho.

Por otra parte, la política resulta incomprensible, a menudo o con cierta frecuencia, para una buena parte de ciudadanos, más del 40 %. Un porcentaje similar afirma que le es difícil o muy difícil formarse una opinión sobre temas políticos. Ante esta tesitura, no resulta sorprendente que más del 70 % nieguen o consideren como poco probable su participación activa en organizaciones de carácter político.

Por otro lado, como he mencionado anteriormente, teniendo en cuenta diversos estudios del CIS, la sensación de ineficacia externa ha ido aumentando con los años y en la actualidad ese porcentaje ha aumentado 15 puntos porcentuales en el conjunto de España. De igual forma, los niveles de eficacia interna, medidos en torno a la percepción de que el voto es la única forma en que se puede influir, también aumentó de forma clara entre

---

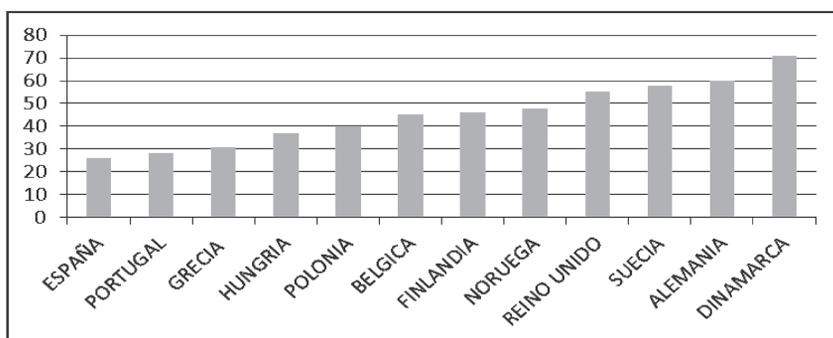
<sup>4</sup> Encuestas 1199,1390,1453,1471,1526,1788,2013,2083,2450 del CIS.

<sup>5</sup> Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola (2008-2009).

1989 y mediados de los 90 alcanzando niveles máximos en el 2000, aunque según datos de 2002, parece encontrarse en ligero descenso <sup>6</sup>.

El desapego político de los españoles es sistemáticamente mayor que la media de desapego del conjunto de países. Mientras el porcentaje medio de ciudadanos que se interesa mucho o bastante por la política en Europa es del 46 %, en España este porcentaje es del 26 %.

Gráfico 3. Interés por la política en Europa



Fuente: Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola, (2008-2009).

España se sitúa a la cabeza de los países con menor interés por la política. Este grupo está formado por nuevas democracias tanto del sur como del este de Europa, lo cual parece apoyar la idea de que el desapego es un fenómeno más extendido en las democracias más recientes, que en las sociedades con mayor experiencia democrática.

Este desapego político puede estar relacionado con la mayor o menor cercanía a un partido político. La política es difícil de definir, y cuando los ciudadanos dicen estar interesados en ella, no sabemos concretamente a lo que se están refiriendo. Podríamos pensar que todos aquellos que se interesan por la política se sienten cercanos a algún partido, pero lo que sucede en la mayoría de países, es que estar interesado en la política no implica, necesariamente, sentirse cercano a un partido político.

En el caso de España, sólo un 53 % de los ciudadanos que manifiestan interés en la política, se sienten a su vez cercanos a algún partido, situándose en este caso muy cercanos a la media europea (49 %) <sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Según las encuestas del CIS: 1199, 1390, 1453, 1471, 1526, 1788, 2013, 2083, 2450.

<sup>7</sup> Encuesta Social Europea, Informe de la Tercera Ola (2002-2003).

## La participación política

La participación política se referiría, según la visión de Verba, Schlozman y Brady (1995), a las actividades llevadas a cabo para influir en la acción del gobierno, ya sea de forma directa o indirecta. La participación política abarca actividades de carácter electoral y no electoral, aunque la mayoría de los estudios realizados hasta ahora han primado el primero de estos ámbitos.

Si como postulan los enfoques clásicos de cultura política, existe una relación de congruencia entre las actitudes y la participación política, en España deberíamos encontrar unos niveles comparados de participación política bastante bajos, derivados de unas actitudes de desconfianza hacia las principales instituciones democráticas, y de escasos niveles de interés en la política y de eficacia política tanto a nivel interno como externo.

En primer lugar, desde una perspectiva comparada, si tenemos en cuenta la participación en las elecciones generales, España tiene un nivel de implicación inferior a la media de los países de Europa occidental que asciende al 83 %. Desde las elecciones de 1977, la media de participación de los españoles ha sido del 75 %, situándose en el grupo de países menos participativos a este nivel.

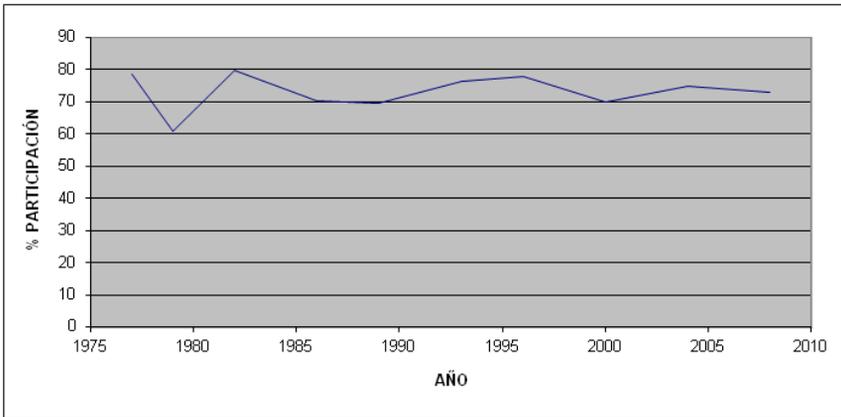
**Tabla 1. Participación en elecciones a parlamentos nacionales en países de Europa occidental (1945-2003)**

<i><b>País</b></i>	<i><b>Porcentaje</b></i>
Bélgica	92.5
Austria	90.9
Italia	89.8
Luxemburgo	89.7
Islandia	89.5
Malta	88.2
Países Bajos	86.6
Dinamarca	86.0
Suecia	85.7
Alemania	85.0
<b>Media Europa Occidental</b>	82.1
Noruega	80.4
Grecia	79.9
<b>España</b>	75.7
Finlandia	75.6
Reino Unido	75.2
Francia	74.8
Portugal	73.6
Irlanda	72.6
Suiza	56.6

Fuente: Base de datos de IDEA International.

Si bien, la participación en las primeras elecciones fue muy elevada, los primeros síntomas de desencanto democrático se plasmaron en la participación de las elecciones de 1979 (68.2), que junto a las elecciones del 2000 (68.7 %), han ofrecido la cifras más bajas de movilización electoral en nuestro país. Posteriormente, en las elecciones de 2004, se produjo un importante incremento en la participación (75 %), debido a las especiales circunstancias que rodearon los comicios <sup>8</sup>, de nuevo, ésta ha vuelto a descender hasta el 73.5 % en las elecciones de 2008. Aunque la participación de los españoles ha sido variable, siempre se ha situado en cuotas moderadas sin superar en ningún caso el 79 % de participación, y formando parte, como ya afirmaba, del grupo de los países menos participativos electoralmente de la Unión Europea (IDEA, 2007).

Gráfico 4. Participación en las elecciones generales españolas (1977-2008)

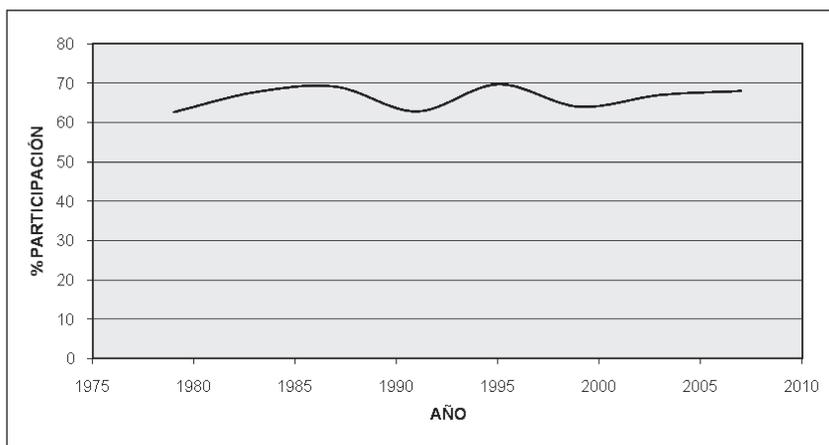


Fuente: Ministerio del Interior de España.

La visión de la participación en los comicios municipales es aún más baja, las elecciones a este nivel son las que presentan, junto con las elecciones al parlamento europeo, un menor nivel de movilización en España. La participación en las elecciones municipales españolas, no ha superado en ninguna de las convocatorias el 70 % de participación, sin existir grandes diferencias entre las elecciones menos participativas celebradas en 1979 (62.4 %), y las más participativas celebradas en 1995 (69.7 %). Los últimos comicios municipales de 2007, lograron un 68 % de participación.

<sup>8</sup> El 11 de marzo, a tres días de las elecciones generales, se produjo el mayor atentado terrorista de la historia de España a manos de fuerzas islamistas.

Gráfico 5. Participación en las elecciones municipales españolas (1979-2007)



Fuente: Ministerio del Interior de España.

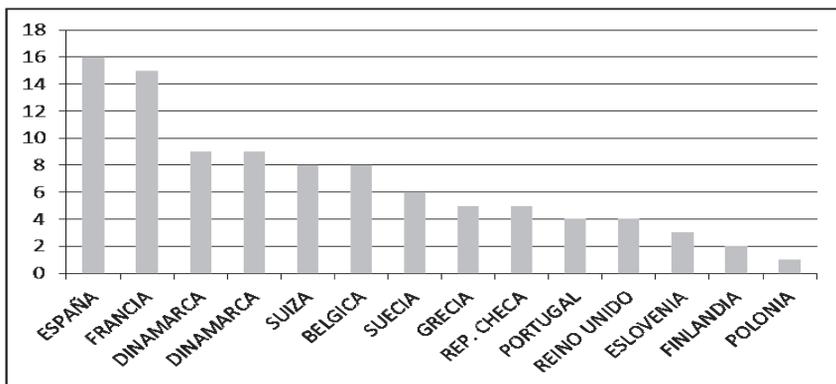
No obstante, en relación con las tasas de participación electoral, la pauta general es, en todo caso, de estabilidad en las convocatorias nacionales, con una tendencia ligeramente decreciente en el caso de las autonómicas, y ligeramente creciente en los comicios municipales (Morales, 2005).

Al margen de la participación electoral, existen formas de participación menos convencionales entre las que los españoles destacamos positivamente<sup>9</sup>. Si tenemos en cuenta las personas que participan en manifestaciones en nuestro país<sup>10</sup> (16 %), la situación de España respecto al resto de países europeos es muy diferente a la que se percibe en el caso de la participación electoral, ya que encabezamos el ranking de países con un número más elevado de ciudadanos que acuden a manifestaciones.

<sup>9</sup> La distinción entre formas de acción convencional y no convencional fue introducida por Barnes y Kaase (1979). Este criterio distingue las formas de participación política en función de si se ajustan o no a las normas sociales y a los valores dominantes de una sociedad. Hoy en día, se han incorporado a los repertorios participativos de los ciudadanos formas muy conflictivas en los años cincuenta, como la recogida de firmas, manifestarse o participar en huelgas, pero que hoy han adquirido el estatus de normalidad en la mayoría de las democracias occidentales (Morales, 2005).

<sup>10</sup> Los datos que se mencionan a continuación han sido extraídos de la Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola (2008-2009).

Gráfico 6. Participación en manifestaciones en Europa



Fuente: Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola, 2008-2009.

Otra forma de participación bastante extendida entre los españoles es la recogida de firmas (25 %), aunque en este caso no destacamos entre nuestros vecinos europeos. En el grupo de actividades participativas menos habituales situaríamos el contacto con un político o un funcionario (12 %), o consumir productos por razones éticas o políticas (11 %). El boicot de productos, muy habitual entre los países escandinavos, en España no disfruta aún de mucha aceptación, sólo un 8 % de ciudadanos reconoció hacer uso de estas actividades, lo mismo sucede con la mayoría de países de Europa del sur y del Este. Ninguno supera el 10 % de ciudadanos activos en este sentido, quedando bastante alejados de la media europea (16 %).

Respecto a las tasas de asociacionismo, en relación con el resto de Europa, nos caracterizamos por unos reducidos niveles de asociacionismo, aunque no han dejado de crecer en las últimas décadas. Poco más de un tercio de los españoles, pertenece a alguna asociación. Estas cifras nos sitúan por debajo de la media del conjunto de ciudadanos europeos y muy lejos del nivel de asociacionismo de países del centro y norte de Europa.

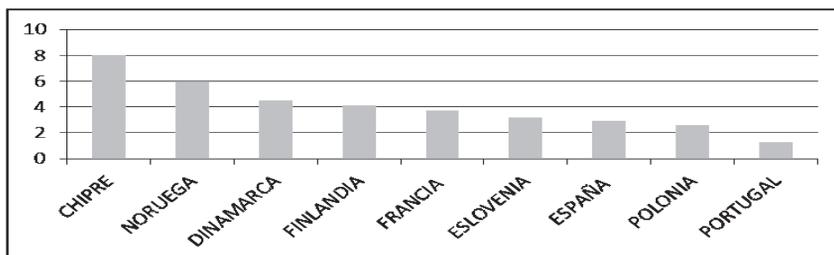
Las asociaciones de carácter recreativo (deportivas, culturales, de ocio...), son las que atraen a un mayor número de ciudadanos, seguidas de las asociaciones de tipo religioso, sindicatos y organizaciones profesionales, siendo los partidos políticos una asociación minoritaria.

Existe en España una tendencia general al incremento de asociacionismo, pero ésta no ha beneficiado a asociaciones con objetivos de carácter político, los partidos no han visto sino descender los índices de afiliación, que si

en 1980 rondaban el 7 % ahora se encuentran en torno al 3 %.

Desde un punto de vista comparado, la situación en el resto de Europa tampoco es mucho más halagadora. Sólo Noruega y Chipre destacan como países en los que el porcentaje de personas que colaboran con un partido es relativamente alto en comparación con la media europea.

Gráfico 7. Personas que colaboran con un partido político



Fuente: Encuesta Social Europea, Informe de la Cuarta Ola, (2008-2009).

## Conclusión

Actualmente, en la cultura política de los ciudadanos de España destacan las actitudes negativas hacia los políticos, percibiéndose altos niveles de desconfianza hacia ellos. Su interés hacia temas políticos también se encuentra a bajos niveles, así como la probabilidad de que los ciudadanos se sientan capaces de participar activamente en política (eficacia política interna). Los altos niveles de desconfianza y bajos niveles de implicación política también se encuentran extendidos en países del este y sur de Europa.

No obstante, la actitud crítica hacia instituciones y actores claves del sistema político no se extiende, en el particular caso de España, al funcionamiento global de la democracia, el nivel de satisfacción es muy amplio, cercano a las cotas del centro y norte de Europa. Se mantiene, por tanto, el tradicional cinismo democrático de los españoles.

Si realizamos un análisis a grandes rasgos de las tendencias de la participación entre los españoles, observamos que las formas más convencionales de participación apenas se han incrementado, se han mantenido estables o han experimentado un cierto declive, y las actividades participativas relacionadas con los partidos o los sindicatos continúan en niveles sumamente bajos, pero no podemos decir que haya una crisis evidente de la participación política tradicional (Morales, 2005). En España se percibe un progre-

sivo alejamiento de las instituciones políticas tradicionales, pero esto no significa que los ciudadanos no tengan interés en política <sup>11</sup> sino que prefieren implicarse en experiencias no institucionalizadas.

Efectivamente, en España percibimos una tendencia de creciente activismo político, por parte de los españoles, en formas de acción más novedosas como la firma de peticiones o el apoyo a manifestaciones, que están creciendo de forma gradual.

Teniendo en cuenta las formas de implicación de los ciudadanos españoles, según Inglehart (1998), nos encontraríamos ante un ciudadano postmoderno cuya participación se encuentra marcada por el énfasis en la libertad y en la propia expresión. Schudson (1996), también señala que los ciudadanos ya no utilizan formas de participación marcadas por la rutina, sino que prefieren intervenir de manera intermitente de acuerdo con el tiempo y la energía disponible. Pero el incremento de estas formas de participación menos tradicionales no implicaría sin más un deterioro de la relación entre ciudadanos y sistema político, sino una nueva forma de intentar influir en los procesos de toma de decisiones. 

## Bibliografía

- ALONSO, Luis (1995). “Crisis y transformación de los nuevos movimientos sociales en un entorno postfordista”, en P. DEL CASTILLO (ed.). *Comportamiento político y electoral*. Madrid: CIS.
- BARNES, Samuel y KAASE, Max (1979). *Political Action. Mass participation in five western democracies*. Londres: Sage.
- BENEDICTO, Jorge (1997). “Las bases culturales de la ciudadanía democrática en España”, en DEL CASTILLO, P. e I. CRESPO (Eds.) (1997). *Cultura política*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- BOTELLA, Joan (1992). “La cultura política en la España democrática”, en COTARELO, R. (comp.). *Transición política y consolidación democrática*. España (1975-1982), Madrid: CIS.
- . (2006). “En torno al concepto de cultura política: dificultades y recursos”, en CASTILLO, P. y CRESPO, I. (eds.) *Cultura política, enfoques teóricos y análisis empíricos*. Valencia: Tirant Lo Blanch.

---

<sup>11</sup> La encuesta social de valores (WVS) muestra que el número de personas que dicen estar interesadas en política continúa creciendo en la mayoría de los países. También, en el caso de España, la implicación política no ha disminuido desde los años ochenta. El interés por la política se ha mantenido relativamente estable (entre el 20 y 30 % de la población), las discusiones políticas son hoy más frecuentes que hace dos décadas, y la lectura de periódicos ha aumentado durante los años noventa.

- CAMPBELL, Angus, Gerald GURIN y Warren MILLER (1954). *The Voter Decides*. Illinois: Evanston.
- CITRIN, Jack y MUSTE, Christopher (1999). "Trust in Government" en ROBINSON, J. P. (eds.) *Measures of Political Attitudes*. San Diego, Academic Press.
- FUNES, María Jesús (1998). *La salida del silencio*. Madrid: Akal.
- RONALD, Inglehart (1998). *Modernización y postmodernización. El cambio cultural y económico en 43 sociedades*. Madrid: CIS.
- JUSTEL, Manuel (1992). "Edad y cultura política" en *REIS*, núm. 58.
- LÓPEZ PINTOR, Rafael (1982). *La opinión pública española del franquismo a la democracia*. Madrid: Ministerio de Relaciones con las Cortes.
- MARAVALL, José María (1982). *La política de la transición*. Madrid: Taurus.
- MÍGUEZ, S. (1997). "La cultura política", en ALCÁNTARA, M. y A. MARTÍNEZ (eds.). *Política y Gobierno en España*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- MONTERO, José Ramón y TORCAL, Mariano (1990). "La cultura política de los españoles. Pautas de continuidad y cambio" en *Sistema*, nº 99. Noviembre.
- MORALES, Laura (2006). "¿Existe una crisis participativa? La Evolución de la Participación Política y el Asociacionismo en España" *Revista Española de Ciencia Política* 13: 51-87.
- MORÁN, María Luz (1999). "Los estudios de cultura política en España" en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 85.
- . (1997). "¿Y si no voto qué? La participación política en los años ochenta", en R. CRUZ y M. PÉREZ LEDESMA (eds.). *Cultura y acción colectiva en la España contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial.
- MORÁN, María Luz y BENEDICTO, Jorge (1995). *La cultura política de los españoles: Un ensayo de interpretación*. Madrid: CIS.
- NORRIS, Pipa (1999). *Critical elections: British parties and voters in longterm perspective*. London: Sage.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor (1987). *El retorno de la sociedad civil, repuestas sociales a la transición política*. Madrid: Instituto de Estudios económicos.
- RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, José Enrique (1987). *Después de una dictadura, cultura autoritaria y transición política en España*. Madrid, CEC.
- SASTRE, Cayo (1997). "La transición política en España: una sociedad desmovilizada" en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 86.
- SCHUDSON, Michael (1996). "What If Civic Life Didn't Die?" en *The American Prospect*, volumen 2.
- TEJERINA, Benjamín (1995). *Sociedad civil, protesta y movimientos sociales en el País Vasco*. Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- TOPF, Richard (1995). "Beyond Electoral Participation", en KLINGEMANN, H. y FUCHS, D. (eds). *Citizens and the State*. Nueva York: Oxford University Press.
- TORCAL, Mariano; MORALES, Laura y PÉREZ-NIEVAS, Santiado (2005). *España: sociedad y política en perspectiva comparada: Un análisis de la primera ola de la Encuesta Social Europea*. Valencia: Tirant lo Blanch.

TORCAL, Mariano (2003). "Political disaffection and democratization history in new democracies" en *Working paper series* 308. Notre Dame: Kellog Institute.

VERBA, Sidney; SCHLOZMAN, Kay Lehman y BRADY, Henry (1995). *Voice and equality: Civic Voluntarism in American Politics*. New York: Harper and Row.

Fecha de recepción: 28/12/10.

Fecha de aceptación: 03/10/11.